

arrojados de España por los celtíberos, encontraron á Mario que los siguió, los desbarató y mató millares de ellos en Aix, marchando en seguida al encuentro de los cimbrios á quienes venció en Verceil [101]. Pasaron de 60,000 los cautivos y del doble los muertos; las mujeres arrojaban á sus hijos á los pies de los caballos y se colgaban de las lanzas enhiestas de los carros. Mario, cuyas funciones de cónsul se habían renovado cinco veces, cosa inaudita, fué declarado el nuevo fundador de Roma. Plebeyo por su sangre y sus instintos, pero aliado á una de las más nobles familias [la gens Iulia] Mario se consagró á sus reformas militares; perfeccionó el armamento y la táctica, borró toda distinción de clases en las legiones, hizo de la guerra una profesión y las consecuencias fueron, que el ejército permanente ya no fué imagen de la ciudad, al contrario, era una injuria para el soldado llamarle ciudadano [*quirite*], pues no tenía más patria que su enseña y su general; se convirtió en un instrumento admirable de conquistas que deseaban, el patricio para tener más provincias que expoliar, el caballero más impuestos que cobrar y el proletario un erario más rico de donde sacar obsequios y juegos.—Mario se alió por fin á los demagogos, pero cuando éstos renovaron y exageraron las reformas antaño intentadas por Caio Gracco y el Senado apeló á él como cónsul contra aquellos fautores de disturbios, él mismo atacó y dejó perecer á sus aliados. Un patricio, Druso, pretendió tomar por cuenta de la aristocracia la reforma y unir al Senado y al proletariado contra el orden ecuestre; además prometía á los italianos el derecho de ciudadanía romana, que les aseguraba la legalidad de sus contratos aun fuera de sus localidades y el derecho de comercio que comprendía el de legar y el de heredar, porque su situación sin esos derechos era bien triste, cuando pagaban tanto impuesto y llenaban las legiones. Druso fué asesinado y la rebelión italiana estalló (90). En esta guerra, llamada entonces social, e. d. de los *socii* ó aliados, tomaron parte Mario y un antiguo cuestor suyo, devoto de la facción aristocrática, llamado Sylva, que hizo en dicha guerra el principal papel y que logró sofocar la rebelión, ayudado por el Senado que hábilmente concedió el derecho de ciudadanía á los italianos fieles ó á los que se sometían oportunamente (88).—Al vencedor Sylva encomendó el Senado el puesto codiciadísimo por Mario, de ir á combatir á Mitridates en Grecia y Asia. En medio del más grave desorden un plebiscito confió el mismo mando á Mario; Sylva vino sobre Roma, y, cosa jamás vista, se

apoderó de la ciudad, expulsó á Mario que huyó á Africa, y tomó luego el camino de Oriente. Apenas había partido Sylva, los demagogos se apercibieron á la lucha, hubo batallas y matanzas y Mario y Cinna se apoderaron de Roma, haciendo en la ciudad y en Italia entera reinar el terror y el crimen; Mario murió en 86.—Sylva entretanto después de tomar y castigar cruelmente á Athenas, y de algunas reñidas batallas, había arrancado la Grecia á Mitridates lo había seguido al Asia Menor, sobornando y disolviendo los ejércitos que mandaban á Oriente los demagogos, é impaciente de volver á Roma había celebrado con el rey del Ponto la paz. En 83 desembarcó en las costas italianas; después de una campaña empeñada y sangrienta y de terribles ejecuciones que convirtieron el Samnium y la Etruria en un cementerio, Sylva, con el nombre de *dictador perpetuo*, quedó dueño del poder. Un dictador no podía ejercer sino muy temporalmente su encargo, en realidad Sylva era un monarca. Su política puede resumirse así: matar á cuantos podían ser temibles como enemigos y á cuantos estorbaban á sus amigos; proscribir y confiscar, para enriquecerse él y su séquito, y para poder repartir lotes de tierra entre sus soldados; creó así 120,000 propietarios nuevos, pero enseñó á sus imitadores el camino seguro del poder: prometer á la soldadesca la riqueza de los particulares. Cerca de diez meses duró aquel régimen de delación, de terror y de muerte. Mas dentro de aquel tirano abominable había una alma romana; Sylva pretendió hacer imposible la vuelta de un despotismo como el suyo é introdujo en la constitución reformas que reasumían el poder en el Senado inamovible por la supresión de la censura, que disminuían la importancia financiera de los caballeros y nulificaban el tribunal. Creyó que la República se salvaría volviéndola á su origen oligárquico; pero los elementos que rodeaban á la capital del mundo eran totalmente distintos de los que componían el municipio latino del Siglo V; lo que sobrevivió de Sylva fué, no su constitución, sino su ejemplo. En 79 abdicó el poder y sin que nadie se atreviese á reprocharle nada vivió algún tiempo como simple particular en su *villa* de Campania, entregado á los más inmundos desórdenes; cuando murió su féretro vino á Roma en triunfo, todos sus soldados le seguían, Roma en masa salió á recibirlo, el Senado cantó himnos fúnebres y fué enterrado como los reyes en el campo de Marte (78).

4. Los jefes militares, el orden ecuestre y la plebe eran los enemigos naturales de la nueva constitución, contra la cual empezó á cons-

pirarse sin descanso; el Senado tuvo la fortuna de encontrar un hombre de talento y de buena suerte que lo defendiera espada en mano, Pompeyo. La primera insurrección acaudillada por el cónsul Lépido, fué vencida en los alrededores de Roma y Pompeyo marchó á España, en donde se había refugiado un antiguo oficial de Mario llamado Sertorio. Soldado de primer orden, espíritu caballeresco, político hábil que explotaba las supersticiones de los indomables montañeses de Celtiberia, Sertorio no pretendía segregar á España del poder de Roma, sino crearse un buen ejército é invadir á Italia. Todo lo organizó con este fin, por eso no cesaba de entenderse con los galos, con los piratas que dominaban el Mediterráneo, con Mitridates que de nuevo se había alzado en armas en Asia Menor; por eso acogió á los restos del ejército rebelde de Lépido, y el suyo estaba mandado por romanos, y, sin embargo, fué la táctica de los montañeses españoles la que le sirvió para hacer impotentes á las legiones contra él enviadas; cuando llegó Pompeyo las cosas fueron más serias, tuvo que ceder á la superioridad militar y, Sertorio, mal visto ya de los españoles por sus tendencias romanas, fué asesinado; poco después Pompeyo regresaba á Italia dejando casi pacificada á España (71). Italia estaba aún agitada por las últimas convulsiones de la *guerra servil*. Un grupo de esclavos destinados á las luchas del circo, gladiadores que muchos ricos romanos sostenían para alquilarlos, se sublevó en Campania y dirigido, por un tracio, que era un Hércules por la fuerza del cuerpo y la grandeza del alma, Spartaco, logró atraerse á los campesinos y pastores de la comarca, empezó por vencer pequeños destacamentos y luego fuerzas mayores y por último á los ejércitos consulares; empeñados los esclavos en buscar en la punta occidental de Italia comunicaciones con los piratas y conexiones con los esclavos de Sicilia en donde hacía poco había sido sofocada una terrible rebelión, hasta allí los persiguió el pretor Craso y los sitió inútilmente. Spartaco franqueó el muro con que Craso lo había cercado y tomó el rumbo de Calabria para salir de Italia y recobrar su libertad; la indisciplina de su gente lo obligó á presentar batalla, en ella fué vencido y murió heroicamente; más de seis mil prisioneros fueron crucificados entre Roma y Capua. Craso y Pompeyo se encontraron frente á frente con sus ejércitos victoriosos; el primero, el más rico ciudadano, acreedor de todos los personajes políticos, derrochador de una fortuna que parecía inagotable, y por extremo ambicioso, el otro, general afortunado, lleno de vanidad y acos-

tumbrado desde el tiempo de Syla á obtener cargos extraordinarios; ambos se entendieron contra la aristocracia que administraba pésimamente y cuyos abusos había demostrado con avasalladora elocuencia en el proceso contra el pretor Verres, un orador mimado del orden ecuestre, Cicerón. Los dos generales fueron nombrados cónsules y abolieron la constitución de Syla, restableciendo la censura y devolviendo su poder á los tribunos (70). Tres años después el partido popular confiaba á Pompeyo una verdadera dictadura del Mediterráneo contra los piratas que formaban una especie de república flotante en donde se refugiaban los desesperados de todos los países, los aventureros de todas las procedencias, los proscritos de todos los partidos y que asolaban las costas de Europa, Asia y África exigiendo crecidos rescates al comercio é impidiendo el aprovisionamiento de Roma. Pompeyo limpió el mar como por encanto y destruyó en Kilikia los antros de la piratería. Una nueva ley le confió la guerra en Oriente (66). Rey del Ponto desde los once años, el mejor atleta, el mejor cazador, el mejor bebedor del Asia, Mitridates Eupator, en medio de una corte opulenta llena de curiosidades artísticas y de filósofos, historiadores y poetas helenos, concibió la peligrosa ambición de formarse un imperio que abarcase el Ponto Euxino y el Asia Menor. Roma intervino, lo obligó á abandonar sus conquistas y lo decidió á la lucha. Aprovechándose de la guerra social que maniató á Roma, preparó un ejército y una flota formidables, sublevó el Asia y Grecia, é hizo del Pireo su cuartel general. Syla lo venció en Grecia, en Asia y lo obligó á aceptar una paz que le arrebató su flota y sus conquistas [84]. Diez años después se hallaba de nuevo en plena rebelión aliado con Tigranes, rey de Armenia; Lúculo lo venció y penetró en Armenia, pero al fin se retiró y Mitridates quedó en pié. Pidió la paz y Pompeyo se la negó; tuvo que huir al Cáucaso y á Crimea y allí perseguido por su hijo mismo, el viejo sultán antes de morir, envenenó á su harem entero y á sus hijos y como era refractario á todo veneno, se hizo degollar por un galo [63]. Aquella fué la primera tentativa para separar el Oriente y Grecia del Occidente; Teodosio la realizó más de cuatro siglos después.—Entretanto Pompeyo reducía la antigua Siria á provincia romana, suprimiendo la impotente dinastía seleukida, acabando con el reino ashmoneo de Palestina inundada de emires árabes y de bandas de beduinos, tomando á Jerusalem, presa de las más terribles discordias entre fariseos y saduceos, reduciendo los límites de los reinos

de los parthos, de los armenios, haciéndolos vigilarse mutuamente y obrando en fin como árbitro supremo del Oriente (62).—Roma, entretanto, era un semillero de intrigas contra Pompeyo y de maquinaciones contra el orden; Craso y Julio César descollaban entre cuantos pensaban en orillar la situación á la anarquía para derivar de ella el despotismo; Craso influía con su fortuna y César, que cuando jóven era “el rey de la moda,” con su gran nombre, su inaudita prodigalidad, su inteligencia superior, su ambición sin límites y su culto por la memoria de su pariente Mario, el patrono de la demagogia y del militarismo; los elementos inferiores y más corrompidos de esta flotante multitud que necesitaba de la revuelta para medrar, se agrupaban en derredor de un antiguo sicario de Sylva llamado Catilina. Éste quiso obtener el consulado, pero el Senado y el orden ecuestre se unieron para conjurar el peligro y el que realizó esta unión conservadora fué cónsul, Cicerón. Desesperado el partido de Catilina recurrió á las conspiraciones, según parece; se dijo que su plan era incendiar la ciudad y asesinar á los jefes de la república; Cicerón con su elocuencia habitual lanzó tales apóstrofes á Catilina, que lo obligó á abandonar á Roma; en seguida se apoderó de sus cómplices y en cumplimiento de una sentencia del Senado [que combatió César, porque para el crimen de los conjurados no era un suplicio bastante la muerte, “que en el duelo y la miseria no es una pena, sino el fin de todas las penas, pues que mas allá cesan el afán y el goce”] los hizo perecer. Catilina murió al frente de sus bandas etruscas y Cicerón, que no cabía en sí de orgullo y de gusto, fué proclamado y se proclamó á sí mismo “Padre de la Patria.”

5. Cuando Pompeyo volvió de Asia y honradamente licenció su ejército, el Senado viéndolo desarmado le negó, no sin imprudencia, las tierras que pedía para sus soldados y lo arrojó en brazos de los demagogos; César que volvía rico y más ambicioso que nunca de su pretura en España, cuidó de reconciliarlo con el envidioso Craso, y á pesar de la aristocracia, César fué cónsul [59]. Obró como si el Senado no existiese, hizo pasar una ley agraria ó de repartición de tierras que favorecía á los soldados de Pompeyo y al dejar su encargo fué nombrado procónsul en las Galias. César sabía que para dominar á la República en anarquía, necesitaba un ejército que no tuviera más patria, ni más constitucion que su general victorioso [*imperator*].—Los galos aún no sometidos ocupaban la región que al N. de la provincia Narbonesa

(que iba de los Pirineos á los Alpes) se extendía hacia el mar y el Rhin. La familia céltica (rama de la indo-europea) había arrojado de esa comarca á los iberos y dejándolos á un lado en las crestas de los Pirineos (euskaros ó vascos) se mezcló á ellos en España (céltiberos) y por el N. se estableció en el archipiélago Británico, en donde sus descendientes aún forman parte de la población escocesa, mucha de la del país de Gales y la mayor de la irlandesa. Desde el país sometido los galos se extendían libres hasta el Sena; entre este río y el Rhin había una mezcla de galos y germanos que se llamaban *Belgas*. Ya hemos visto á los galos recorrer Europa y una parte de Asia, bravos y fanfarrones, decidores y hospitalarios y adoradores de la guerra y los festines. El contacto con los griegos de Marsella los iba lentamente educando, pero aún no tenían ciudades y formaban confederaciones de diversos pueblos, generalmente en lucha y dispuestos á acudir al auxilio extranjero para triunfar en sus disensiones domésticas. Los *druidas*, sacerdotes, profetas y hechiceros, eran también sus consejeros y sus jueces; los animaba de un patriotismo feroz y tenían algunas creencias espiritualistas. En los tiempos de César dos grandes confederaciones se disputaban la supremacía, los Eduos y los Secanes; recurrieron los primeros á los romanos y á los germanos los segundos.—César comenzó sus campañas conteniendo y volviendo á sus montañas á un grupo considerable de helvecios que se adelantaban por la Narbonesa; en seguida pasó al Rhin y destruyó un naciente imperio germánico [los Suevos] que Ariovisto trataba de fundar en Galia y que hubiera podido anticipar á Roma las calamidades del Siglo V; por segunda vez los romanos entraban en contacto con el mundo germánico; César conjuró el peligro con su espada. Dando ejemplo de resistir todas las penalidades y de acometer las más temerarias empresas, César conquistó sobre los belgas la Galia septentrional y se lanzó, más allá del Rhin con el objeto de atemorizar á la aún amenazante Germania y, más allá del estrecho, á la isla de Bretaña que visitó dos veces. En el quinto año de su proconsulado [54] tuvo que luchar con una vasta liga de los galos del N. que des hizo á sangre y fuego, no sin que corriera su ejército terribles peligros. En 52 un héroe arverno, Vercingetorix, logra sublevar á la Galia entera por el patriotismo ó por el terror; el centro de la Francia actual fué el foco de la rebelión (Auvergne) y el entusiasmo fué tal y el caudillo era tan bravo, que los romanos estuvieron á punto de ser vencidos; al fin lograron sitiar y obligar á rendirse á Vercingetorix, que fué algún

tiempo después decapitado. La represión continuó sangrienta y terrible; cuando los galos renunciaron á la lucha, comenzó la romanización de la provincia que llegó á ser tan completa que aún hoy el pueblo francés se gloria de ser latino. Esta fué la parte grandiosa de la obra de César; el dique de la Galia romana contuvo durante algunos siglos las invasiones germánicas y cuando se verificaron las modificó profundamente.—Roma, entretanto forjaba César el instrumento de su reinado, se hallaba entregada á la anarquía. El Senado era impotente, la plebe dividida en bandas armadas, mendigaba, se divertía y se batía. Clodio, un noble que se había hecho plebeyo, y que era peligrosísimo demagogo, era el verdadero rey de Roma. Pompeyo trató de remediar tamaño mal; hizo volver á Cicerón que Clodio tenía en el destierro y que recorrió en triunfo Italia y en triunfo penetró á Roma, y éste trató de reconciliar á Pompeyo con el Senado; pero el partido de los intransigentes á cuya cabeza se hallaba Catón (hombre de firme conciencia, austero como la filosofía estoica que profesaba, enamorado como su antecesor de lo pasado y pretendiendo impolíticamente resucitarlo) impidió la alianza que Cicerón soñaba, y Pompeyo, Craso y César renovaron en 56 el triunvirato, asignándose Craso el Oriente, Pompeyo España y César la prolongación de su consulado hasta 50. Craso emprendió la lucha contra los parthos que bajo la dinastía de los arsákidas habían extendido su imperio en Mesopotamia y Kaldea; la caballería pártica pudo más que las legiones y Craso pereció.—Pompeyo celoso de César y rotos los vínculos domésticos que lo unían á César con la muerte de su esposa Iulia, se fué acercando al Senado y el partido de Catón se decidió á facilitar la unión. Pompeyo fué declarado cónsul único y el Senado trató de desarmar á César; éste pidió que lo mismo se hiciese con Pompeyo, pero la respuesta del Senado fué que abandonáse su provincia y licenciáse su ejército. Cesar pasó entonces el riachuelo del Rubicón, límite de su provincia, en 49.

6. César era un rebelde; estaba fuera de la ley. El Senado pudo ser impolítico, pero fué rigurosamente constitucional, y por eso cuando Pompeyo abandonó á Roma, todos los poderes constituidos lo siguieron al Epiro. César ocupó la capital y marchó á España en donde estaban las mejores legiones de Pompeyo; después de haberse visto en gravísimo aprieto, por una serie de maniobras admirables hizo capitular á los pompeyanos en Lérida y en Cádiz y España fué suya; volvió á Italia, se hizo nombrar cónsul, cruzó el Adriático que con tanta

imprudencia había dejado libre la inmensa flota pompeyana. Los dos ejércitos, el de Pompeyo en cuyo campamento multitud de senadores, generales y personas distinguidas daban su opinión y debilitaban el mando, y el de César, formado de romanos, celtas y germanos que obedecían á se jefe como un solo hombre. Después de una campaña en Epiro, el encuentro decisivo se verificó en Farsalia (Tesalia). Quince mil pompeyanos muertos, veinte mil prisioneros y Pompeyo en fuga, tal fué el resultado de la batalla. Pompeyo en busca de auxiliares cruzó el Egeo y paró en Egipto en donde el Faraón reinante lo hizo perecer; César en seguimiento de Pompeyo y casi solo llegó á Egipto, lloró sobre los restos de su enemigo y trató de dirimir la querrela que dividía el reino entre la seductora Cleopatra y su hermano. Encerrado por la población amotinada en Alejandría estuvo á pique de sucumbir, pero, auxiliado por un reyzeulo de Asia, triunfó de sus enemigos, marchó al Asia Menor, destruyó los elementos que había ahí reunido el hijo de Mitridates y regresó á Roma (47). Todavía la guerra civil no había terminado; todos los restos del ejército de Pompeyo se habían refugiado y organizado en Africa; César los venció y su inflexible enemigo, Catón, alma de la resistencia, se suicidó en Utica, dejando así un ejemplo heroico y fiero de amor á la libertad y una protesta eterna contra el régimen que iba á venir. Incansables los republicanos, aún lograron con los hijos de Pompeyo sublevar á España; allá fué César y con la sangrienta batalla de Munda cerró la guerra civil. Dictador temporal primero, después de Munda fué declarado dictador vitalicio, cónsul, censor perpetuo con el nombre de *prefecto de las costumbres* é inviolable como los tribunos. Arbitro de la guerra y de la paz, dueño de repartir las magistraturas en Roma y el gobierno en las provincias, tuvo la plenitud de la autoridad pública, e. d., el *imperium*, por eso fué llamado *imperator*, nombre atribuído antes á los generales victoriosos. La silla de oro en el Senado, la corona de laurel en la cabeza calva, los templos, las estatuas fueron las señales exteriores de la soberanía del antiguo demagogo.—César fué clemente con sus enemigos y trató de gobernar con los republicanos á quienes colmó de favores; pero su política no fué por eso menos absorbente; renovó y aumentó el Senado á novecientas personas é hizo de él un simple consejo administrativo; no quitó á los comicios la facultad de legislar ni la de elegir, pero la partió con ellos. Quiso realizar la obra iniciada por los Gracos, rehaciendo la clase media rural, fundando colonias co-

mo Cartago y Korinto, y disminuyendo la plebe urbana á la que regalaba en las espléndidas fiestas de sus triunfos, pero cuyas tendencias socialistas reprimió severamente. Se empeñó también en disminuir la plaga de la esclavitud prescribiendo el empleo parcial de hombres libres en los campos italianos y trató de fortificar los lazos domésticos, favoreciendo los matrimonios; reglamentó las libertades municipales de las ciudades de la península respetando su autonomía, por la *lex iulia municipalis*; ordenó á un cosmógrafo alejandrino la conversión del calendario lunar latino en un calendario solar [corrección iuliana] y mejoró el gobierno y el cobro de los impuestos en las provincias.—Preparaba una expedición contra los parthos y se dijo que con este motivo pretendía resucitar la realza como si de hecho no existiera ya! Varios aristócratas que parecían animados por el alma implacable de Catón, suegro de Marco Bruto, se conjuraron con éste y en pleno senado asesinaron al dictador el 15 de Marzo de 44, a. E. V.—César fué un rebelde á la patria y á la Constitución y fué un tirano, porque su voluntad era su ley; pero fué una fortuna para la civilización que ya que la república se convertía fatalmente en imperio, el tránsito se encarnase en un hombre de genio y de corazón como fué la víctima de los *Idus de Marzo*.

7. Los asesinos, los parricidas como se les llamó en seguida, no supieron qué hacer después del crimen; Marco Antonio, rudo y popular soldado, y favorito de César, logró hacerle suntuosos funerales en que exhibió el cadáver cubierto de heridas, leyó su testamento lleno de generosidad con sus asesinos, á alguno de los cuales trataba como á un hijo (á Bruto) y de larguezas para el pueblo; este conmovido y delirante obligó á huir á los matadores. Poco después llegó á Roma un joven tímido y receloso llamado Octavio, sobrino é hijo adoptivo de César; Antonio y él no pudieron avenirse; éste contaba con elementos militares y con el apoyo de Cicerón que gobernaba al Senado y que deseaba destruir á Antonio, á quien odiaba y contra quien había pronunciado terribles arengas que llamó *filípicas*. Octavio hizo primero la guerra á Antonio por cuenta del Senado; pero como en cuanto el terrible oficial de César fué vencido el Senado desdeñó al vencedor, que se hizo nombrar cónsul por la fuerza, los rivales se reconciliaron, formaron con un tal Lépido un segundo triunvirato, hicieron asesinar á Cicerón, clavando su cabeza en la tribuna del Fórum, como para servir de epitafio á la libertad y sumieron á Roma en el terror un año, con el pretexto de vengar á César (43).

8. Los dos más conspicuos asesinos, Bruto y Casio, habían logrado allegar un ejército en Macedonia, pero vencidos por Antonio en los campos de Filippos, se suicidaron (42) y los vencedores se dividieron el mundo. Octavio, su sabio consejero Mecenas, y su excelente general, Agrippa, organizaron el Occidente y pacificaron el mar, logrando, no sin ímprobo trabajo, vencer á Sexto, el hijo de Pompeyo, que era un verdadero rey del Mediterráneo.—Antonio prendado de Kleopatra, la reina de Egipto, que pudo costar tan caro á Julio César, llevaba en la perpetua orgía de los suntuosos alcázares alejandrinos lo que él llamaba *la vida inimitable*; en vano Octavio para arrancarlo de los brazos de la hechicera coronada lo casó con su noble y bella hermana Octavia; en vano se vió obligado á hacer una campaña sin mayor éxito contra los parthos, Kleopatra lo atraía como el abismo y logró avasallar por tal extremo, que quiso rehacer el imperio de Alejandro para ponerlo á los pies de su manceba á quien se jactaba de servir como un esclavo. El Senado instigado por Octavio declaró la guerra á la reina y en la batalla naval de Actium (2 de Septiembre de 31) Octavio obtuvo un triunfo completo sobre Antonio que por seguir á su amada abandonó á sus soldados y huyó á Egipto. Allá lo siguió Octavio; desesperado y humillado Antonio se dió la muerte y, poco después, Kleopatra, por no ir á Roma á figurar en el triunfo del vencedor. Egipto fué declarado provincia romana (30). El mundo tenía un solo señor.

BIBLIOGRAFÍA.—A Tito Livio, Dionisio de Halikarnaso, Plutarco, en sus *Vidas* desde la de Publicola hasta la de César, añádanse Polybio (trad. cast.) Appiano (trad. franc.) Cicerón: de la República (trad. esp.) Salustio (id.) César (id.) Suetonio (id.) Y entre los modernos: *Michelet Hist. Rep. rom. Los Romanos* (col. Oncken tr. esp.) Cartago (col. hist. de las naciones, trad. esp.) *Boissier: Ciceron et ses amis*, á más de todos los citados en la Bibliografía anterior.

Observaciones Generales.

1. La posición de Roma en Italia, en el centro de la zona occidental, la sola propicia al desarrollo de un gran pueblo, y el fondo hereditario del carácter romano, es decir, su espíritu, explican su engrandecimiento. 2. Ese fondo es el egoísmo (Iehring) llamémosle el sentimiento de lo útil, como el de la proporción en los helenos. De este espíritu utilitario dimanó el sentido práctico; por él está tramada la

historia interior y exterior de Roma y su religión y sus costumbres.

3. Historia interior: reunión de los burgos de las colinas; sobre la base granítica de la familia monárquica y religiosa se funda la ciudad tripartita (tribus) que se pone al nivel de las del Lacio, en fuerza. Crecimiento por la conquista de la población adventicia, circundante de la legal: la plebe; tiende ésta á favorecer á los gobiernos personales de los reyes, sus patronos; la ciudad legal resiste y expulsa á los reyes. Complicación de las guerras exteriores con la agitación interior. Para hacer frente á aquéllas era preciso apaciguar ésta y ceder; así la Roma patricia y la Roma plebeya se fueron confundiendo por una serie de transacciones, es decir, de pactos comprensivos de obligaciones y derechos y de reglas para ponerlos en práctica, lo que desenvolvió á maravilla el sentido político. Mas como su íntima constitución religiosa hacía del pueblo romano el más conservador que hubo jamás, tuvo necesidad de conciliar incesantemente lo útil de ayer con lo útil de hoy, de aquí el afinamiento constante del sentido formalista y jurídico.

4. Historia exterior: las luchas con los latinos son por la propia conservación. La ciudad dueña del Lacio, al entrar en contacto con los pueblos que al Lacio rodeaban, debía vencerlos porque su sola posición los separaba y los dominaba por ende. Así Roma se encontró dueña de la Italia Central [Etruscos, Samnitas] y obligada á defender sus conquistas, como todos los conquistadores, ensanchándolas, y la Grecia italiana cayó bajo su garra. Convertida en potencia marítima necesitó hacer suya á Sicilia para defender sus costas [primera guerra púnica] y luego para dar vida á su población litoral dominar el comercio del Mediterráneo de Occidente y aniquilar á Cartago [segunda guerra púnica]. Después de esto, Roma, que había aprendido la profesión de conquistar, se encontró dueña absoluta de la península central del Mediterráneo, teniendo á sus puertas el más codiciable y el más conquistable de los mundos por sus incurables divisiones, el Greco-oriental; fué conquistado y pacificado.

5. Roma inventó dos medios para organizar sus conquistas haciéndolas perdurables: la colonia y la provincia; en ambas creaciones domina el espíritu político que la indujo á no extremar jamás el derecho que la conquista le confería, y el jurídico que le inspiró el establecimiento de una escala de transacciones entre vencedores y vencidos, escala por donde todos podían ascender hasta identificarse con Roma; é hizo así del orbe una ciudad Varrón). 6. Pulverizó las nacionalidades en municipios sólo ligados

con la ciudad imperial, nunca entre sí. El centro de este organismo necesitaba, á riesgo de no comunicar un movimiento normal, sino convulsivo, concentrarse á su vez á expensas de los elementos anárquicos. La conquista haciendo de Roma una ciudad cosmopolita, había disuelto al pueblo en turba inmensa; la concentración no podía hacerse, sino en una oligarquía odiada por las provincias ó en un hombre, á costa de la libertad local de Roma. Este hombre nació del elemento militar resultado fatal de la conquista: se llamó César.

EL IMPERIO.

(30 a. E. V. á 476 después de E. V.)

Subdivisiones: 1.º El Imperio pagano.—2.º El imperio cristiano.

IMPERIO PAGANO.

(30 a. E. V. á 333 d. E. V.)

I

Los Julios y los Flavios.

1. Las instituciones nuevas.—2. El reinado de Augusto.—3. El Siglo de Augusto.—4. Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón.—5. Los Césares efímeros.—6. Los Flavios: Vespasiano, Tito, Domiciano.

1. El dueño del mundo no resucitó la realeza; la *respublica* que quería decir *el Estado*, sobrevivió al naufragio de la antigua constitución, mas se encarnó en un hombre por delegación soberana de los poderes constituyentes: *el Senado y Pueblo Romanos*; ellos confirieron á Octavio legalmente los poderes que César había ejercido *de facto*. Primero el *imperium* ó mando supremo del ejército; á este *imperium* iba añadida la *potestad proconsular* que era el gobierno absoluto de las provincias, como delegante en las imperiales, como inspector supremo en las senatoriales. Segundo, la *potestad tribunicia* perpetua é ilimitada, que convertía al *príncipe* (este era uno de sus títulos oficiales) en persona *sacrosanta* é inviolable y en reos de lesa-majestad á cuantos le ofendían y que le confería la presidencia del Senado y la iniciativa de las leyes.—Tales eran las bases esenciales del poder imperial; con esas

dos supremas magistraturas republicanas se habían conferido al emperador otras como la *prefectura de las costumbres* (antigua censura) que asignaba á todos su puesto en la ciudad y *el sumo pontificado* que lo hacía jefe del culto.—Todo, pues, halagaba el instinto conservador del pueblo romano; las magistraturas subsistían y Octavio hizo la comedia de aparecer como obligado á aceptarlo todo y por añadidura los títulos de Augusto, que hacía de él una persona sobrehumana, y de Padre de la Patria. Pronto Augusto tuvo altares y templos, como que era *el genio del imperio*.—El emperador administraba por medio de un consejo [*concilium principis*] compuesto de sus amigos, parientes, de algunos senadores y asesorado por jurisconsultos (prudentes) cuyas decisiones tuvieron fuerza legal. El segundo personaje del imperio era el *prefecto del pretorio*, jefe de la guardia imperial compuesta de cohortes pretorianas, con jurisdicción en toda Italia y jefe al mismo tiempo del orden ecuestre. Había además otros empleados de importancia y los cónsules, empleados honoríficos, sin poder alguno.—Augusto, por un acto gracioso de su voluntad, cedió al Senado el gobierno de las provincias que no necesitaban guarnición, pero conservando sobre todas su poder y vigilancia [por lo que pudiera inducir en error el nombre de *dyarquía* usado por los prof. alem.] Las provincias senatoriales, ya consulares, ya pretorianas, estaban gobernadas por prócsules sorteados entre los senadores, y ayudados por sus cuestores ó legados. Las imperiales estaban gobernadas por los *legados de Augusto* que duraban más tiempo que los senatoriales y recibían un honorario fijo; de aquí resultó la suspensión de la expoliación de las provincias. Tanto Italia, que era una especie de provincia privilegiada, como las demás, conservaron sus municipios más ó menos autónomos y cuando se estableció solamnemente la religión política que se llamó *culto del emperador*, los municipios provinciales enviaron sus delegados á una especie de consejo anfictiónico que se reunía para cuidar del culto nuevo, y estos consejos provinciales tenían derecho de elevar sus representaciones al emperador y de incriminar ó encomiar á los gobernadores; era pues un embrión de cuerpo político. A esto agréguese la organización definitiva del ejército permanente y la de la hacienda pública; ésta quedó distribuida entre el erario del Senado [saturni], el tesoro militar y el *fisco* ó tesoro privado del César, alimentados por numerosos impuestos que fueron repartidos, teniendo en cuenta los resultados del *cadastro* ó registro de la propiedad raíz y del *censo*.

ó recuento de habitantes practicado en todo el imperio y se comprenderá la importancia del cambio que Augusto realizó.—Toda esta suma de autoridad se renovaba en cada reinado, en conjunto, por medio de un Senado—consulta aclamado por el pueblo que se llamaba *lex de imperio* [*Vespasiani*, por ejemplo]. La reducción fragmentaria que queda de esta especie de constitución imperial, encontrada en una tabla de bronce en Roma en el Siglo XIV, ha sido impropriamente llamada *lex regia de imperio*.

2. Augusto consolidó y extendió las fronteras imperiales é hizo pasar la unificación del imperio de la teoría á la práctica. Para lo primero sostuvo varias guerras: en España contra los montañeses del Cantábrico que costó á Agrippa trabajo someter; contra las tribus germánicas en que tanto se distinguieron los dos hijos de Livia, la tercera esposa de Augusto: Tiberio y Druso. Este último pasó de la frontera del Rhín al Elba y cuando murió, su hermano renovó la expedición; pero el personaje encargado de romanizar la Germania (obra que por desgracia inmensa no pudo llevarse á cabo) Varus, provocó una terrible insurrección acaudillada por el heroico Hermann (Arminius) en la que Varus pereció con las legiones (9 a. E. V.) Agrippa y Tiberio se encargaron de someter á los panonios y los dálmatas y después de siete años lo logró el último, acompañado de su sobrino Germánico, el bravo y popular hijo de Druso.—Varias expediciones en Asia [en Arabia feliz y en Armenia] y en Africa, en donde Petronio se apoderó de la capital de los etíopes, Napata, se verificaron también por entonces.—La unificación del imperio no sólo adelantó con la mejora del régimen administrativo, sino con la fundación de colonias en las provincias como Hispalis (Sevilla), Pax Augusta (Badajoz) y Emerita (Mérida), en España; Augusta viudelicorum [Augsburg] en Baviera, etc. con el establecimiento de una red admirablemente combinada de vías de comunicación y con los numerosos viajes del emperador á las provincias.—Roma, como era natural, aprovechó en primer término de la prosperidad y la paz general por la multiplicación de edificios riquísimos, entre los que descuella el Pantheon de Agrippa (hoy Santa María la Redonda), enorme rotonda coronada por una cúpula y dedicado á todos los dioses, y otras grandes obras de utilidad pública. Para desarrollar su programa político, militar y financiero, Augusto contó con colaboradores de primer orden, como Agrippa, hombre de obscuro nacimiento y de grandes cualidades, que fué el que organizó los ejércitos

y flotas imperiales, el verdadero vencedor de Actium, el organizador de la administración del imperio, á quien Augusto casó con su hija Julia, de impura memoria; y Mecenas, el consumado diplomático que solió gobernar el imperio en ausencia de su patrón y que atrajo en derredor de las nuevas instituciones á los poetas y pensadores de su tiempo.—Por el año décimo cuarto, después de la E. V., murió Augusto; su familia directa había casi desaparecido y se vió obligado á adoptar, designándolo así para el imperio á Tiberio, hijo de su esposa, con la condición de que éste adoptase á Germánico, nieto de su hermana Octavia y de Marco Antonio, á quien había casado con su nieta Agripina. De este modo la sangre del hercúleo amante de Cleopatra había de ser representada en el trono por Calígula, Claudio y Nerón.—Augusto muerto recibió el nombre de *divus*; su culto unido al de Roma, tuvo sus templos y sacerdotes. La apoteosis imperial [*caelum decretum*] era una tradición monárquica y no era en realidad una divinización, sino la colocación del genio imperial entre los númenes protectores de la ciudad y el reconocimiento de un carácter oficial á los colegios depositarios de su culto eminentemente político [B.-L.] Augusto hizo grabar y distribuir su autobiografía oficial en algunas ciudades del imperio; una de estas inscripciones ha sido encontrada en Asia Menor, en la antigua Ankyra; es un dato precioso para conocer la organización del principado.

3. Imperio romano y paz romana fueron desde el nacimiento de nuestra era sinónimos; el trabajo, el comercio, el bienestar derramados por el mundo bajo los auspicios imperiales, trajeron sobre el imperio la bendición del mundo. La vigorosa centralización creciente ejercida por la capital, hacía de cada municipio una reducción de Roma, con sus clases, sus cultos, sus autoridades copiados sobre los de la ciudad imperial; nunca fué más cierto que la profesión del romano era *regir á los pueblos* [*Tu regere imperio populos romane memento*]. ¿Y cuál era el estado de la sociedad romana? El lujo, hijo de la prosperidad material, había crecido; liberto había como Pallas, el protector de la madre de Nerón, que tuviese un capital de doce millones de pesos. Nada es esto al lado de las fortunas de nuestros días; pero lo era escandalosamente entonces para un particular. Los palacios, la ostentación, el placer tomaron inusitada importancia en la vida de las altas clases, que en realidad eran gobernadas por los libertos imperiales; la clase senatorial, á la que ya pertenecían muchos provinciales y no pocos libertos, era la principal como siempre en Roma. Fuera de Roma la clase de los caballeros, riquísima como antaño, y de la que salían los primeros empleos administrativos como la prefectura del Pretorio, la de Egipto, etc. Luego seguían las personas que vivían de una profesión, co-

mo empleados subalternos, profesores, artistas y artesanos, clientes, por regla general, de los ricos, á quienes rendían honores diarios y de quienes recibían una pensión alimenticia, la *sportula*. Debajo estaba la multitud inmensa, cosmopolita, perezosa, que era la clientela del Estado y que se designa generalmente con el nombre de *panem et circenses*; á ella se consagraban los regalos espléndidos de los triunfos que duraban días enteros; los juegos, sobre todo en los circos, que costaban sumas insensatas. Circo hubo que podía contener 385,000 espectadores; allí el pueblo se dividía en facciones que tomaban los nombres de verdes, azules, blancas ó rojas del color de las libreas de los cocheros del circo. Los juegos de los gladiadores que luchaban entre sí ó con las fieras fueron la diversión oficial del imperio; fiestas de éstas hubo, como la inauguración del Coliseo, en que se mataron 9,000 fieras y cuando la arena de los anfiteatros se convertía en inmenso estanque se libraban en ellos verdaderos combates navales [*naumaquias*].—Abajo de todo esto yacían los esclavos tratados como animales productores y sirviendo para todo, es decir, quitando toda la fuerza viril á aquella sociedad que ya no tenía la guerra para mantenerse sana y vigorosa. Ya veremos, sin embargo, cómo hay exageración en lo que se dice de la incurable inmoralidad social de aquellos tiempos. Los emperadores procuraron moderar el lujo, favorecer los matrimonios, hacer penoso el estado del celibato y ensalzar la religión. Era en vano; la transformación no debía venir de las leyes, sino de los sentimientos.—Pero el imperio, á pesar de todo, seguía su gran misión civilizadora de sembrar la semilla helénica por donde quiera. La unificación del idioma y de las costumbres era la preparación; el vehículo de la propagación fué la literatura.—La hemos visto aparecer en los dos últimos siglos de la República al contacto de los griegos, copiarlos en la poesía y en la historia y sólo manifestarse un tanto original en el drama, en la vivaz y grosera comedia de Plauto y en la atildada y correcta del africano Terencio; esto fué pasajero y pronto el drama se perdió en las farsas vernáculas como el *mimo* y el *atelano* ó en las grandes piezas decorativas; los *circenses* impidieron el vuelo de la literatura dramática; la tragedia viva del circo era todo para el romano. Jurisconsultos y oradores, entre los que descuella Caio Gracco, el de la apasionada y espléndida elocuencia, abundaron, pero un gran poeta no lo hubo hasta principios del último siglo y no fué más que un propagador de la filosofía epicureista, *Lucrecio*. Su poema, exposición de un sistema de física, fisiología y moral, á pesar de sus arideces, encierra trozos de una elevación austera, singular y avasalladora. Lucrecio combatía el temor á la muerte que era nada, puesto que era una transformación que dejaba su perpetuo reposo á la personalidad, es decir, el fin del dolor con la disolución de la conciencia; esta doctrina en aquella sociedad que se desmoronaba, hizo singular impresión sobre ciertas almas selectas. *Catulo*, su contemporáneo, fué el poeta del amor y del odio; amor por Lesbia (seudónimo quizás de Clodia hermana de Clodius el terrible demagogo enemigo de Cicerón) odio por J. César y los suyos; talento rico y flexible, empezó imitando á

los alejandrinos y acabó por decir en una lengua infinitamente expresiva, sus sentimientos de amor sensual ó sus rencores dolorosos. Pero la figura que domina todo el último período republicano no es la de un poeta, sino la de un orador, Cicerón, que había recibido todos los dones de la inteligencia. Su talento era como una lira en que cada cuerda respondía al menor soplo con un sonido rico y rotundo; estas cualidades hicieron de él el hombre más propio para ser el introductor y el intérprete por excelencia de la belleza de estilo tan cara á los helenos. Sus obras como retórico, sus exposiciones de la filosofía helénica, sobre todo de la escuela neo-platónica, sus tratados morales, son imitaciones más ó menos cercanas de los griegos, su correspondencia inagotable mina para la historia de su tiempo; mas lo que ha dejado de verdaderamente personal y admirable son sus oraciones; por ellas Cicerón sube casi al nivel de Demóstenes, porque aunque no llegue á la elevación moral ni á la fuerza del gran heleno, le supera quizás en variedad y en brillantez (Teuffel). En esta época de Cicerón, los dos nombres más ilustres de la prosa latina son, Julio César, el dominador de aquella república "que no sabía ya dominarse á sí misma," orador preciso y de gusto exquisito y escritor incomparable por su elegancia, su arte y el carácter objetivo de las historias militares (Comentarios) de que él mismo era el protagonista, y Salustio Crispo que entre otras obras, escribió una historia de la conjuración de Catilina, de subido mérito literario, otra de la guerra de Yugurtha, para la que le sirvieron las memorias de Sylla, y que es una verdadera obra histórica en el sentido de Thucydides.—Poco se dedicaron los romanos á la literatura en las horas de agonía de la República que sucumbió en Filippos, más llegó la calma y con ella aparecieron astros de primera magnitud en el cielo del arte, formando como una constelación en derredor del trono de Augusto; estos astros, sin embargo, recibían su luz de la Grecia que era el Sol. Virgilio, el dulcísimo poeta del *anima candida* que dijo Horacio, imitador feliz de la poesía alejandrina en sus *Bucólicas*, creador del más perfecto de los poemas didácticos en las *Georgicas* y de la sola gran epopeya romana en su *Eneida*; Horacio, en quien se aliaron en inverosímil consorcio el sentimiento, la razón y el arte; Tibulo, admirable por la sencillez de su lengua como por el arte consumado de su versificación en sus dulces y apasionados cantos á Delia; Propercio, poeta elegíaco como Tibulo, más nervioso, obscuro á veces y devoto fiel de los poetas alejandrinos, y Ovidio, el desterrado tan infortunado como adulador, lleno de gracia y de ligereza en todas sus obras y de ternura en sus cantos del destierro (*Tristes*) son los grandes poetas de la época; entre los prosistas, Tito Livio nos ha dejado la más completa historia literaria de Roma; adorador melancólico de las virtudes republicanas, hizo de sus obras (libros agrupados en *decadas* que en parte nos han quedado con los sumarios, *perioche*, de otros) una tribuna en que mostró su soberano talento de orador, cuando la elocuencia política había muerto para siempre, y el omnisciente Varrón ocupan el primer lugar; los retóricos, los maestros, iniciaban á las clases ilustradas de occidente en aquella

admirable transcripción de las ideas griegas y el alma helénica animaba al mundo latino, lo mismo que al que sobre ella se había informado al través de los siglos.

4. Tiberio, taciturno, sombrío y duro de corazón, pudo ser un gran emperador como había sido un excelente general; administró severa y cuerdamente los dineros públicos, mantuvo en las provincias la paz y el bienestar dejando largo tiempo á los gobernadores en sus puestos, pero vigilándolos sin cesar, como vigilaba personalmente la administración de la justicia. Su hijo Druso se mostraba hábil soldado en las fronteras; Germánico, el futuro emperador, hacía brillantes campañas en Germania, vengando el desastre de Varus. El jóven y popular príncipe murió poco después en Oriente y la voz pública achacó esta muerte á Tiberio, lo que amargó terriblemente al emperador, que dejó á su favorito Seiano, con el pretexto de vengarle, hacer perecer á la familia de Germánico y adquirir un poder inmenso y ambicionar el trono, para lo que había agrupado á las puertas de Roma á las cohortes pretorianas en un campamento especial. Cuando Tiberio supo que hasta su hijo Druso había sido víctima de Seiano, hizo matar á éste y retirándose á la isla de Caprea en el Golfo de Nápoles llevó una vida de espantosa depravación y comenzó á segar los últimos restos del patriciado republicano. Murió en 37 probablemente asesinado.—El gran error de César, luego reparado por Augusto, había sido querer fundar de golpe la realeza; la gran falta de Augusto fué no definir las condiciones de la sucesión imperial; y, como á pesar de la dyarquía, el imperio hacía su evolución en el sentido del absolutismo, resultó esa serie odiosa de emperadores ineptos para el bien y á quienes hubiera bastado el poder absoluto para convertir en insensatos. Calígula, el hijo menor de Germánico, salvado por su edad de la garra de Seiano, era un jóven epiléptico, en quien el terror y luego el poder produjeron una vesania incurable. Hacer cónsul á su caballo, lanzar un puente sobre el mar, celebrar triunfos de guerras que no habían existido, reemplazar con su efigie la del Júpiter del Capitolio, son, además de atroces crímenes, la obra del emperador que murió asesinado por un oficial republicano en 41.—Mientras el Senado pretendía, no restaurar la oligarquía, sino elegir al nuevo emperador, los pretorianos lo encontraron escondido detrás de un tapiz del palacio; era un hermano de Germánico, el bufón de la familia de Augusto por su estupidez; se llamaba Claudio. Dió mucho dinero á los pretorianos y todo el poder á sus li-

bertos, que hicieron enormes fortunas, pero que llevaron á término obras públicas de gran magnitud como el puerto de Ostia y la desecación del lago Fucino, comenzaron á humanizar la legislación respecto de los esclavos y dejaron al emperador erudito é imbécil que hiciese discursos en el Senado, como el que se conserva en las tablas de bronce de Lyon que ha ilustrado los orígenes de Roma. Claudio tuvo por mujer á Mesalina, modelo proverbial de impudor é infamia; los libertos lograron hacerla perecer y uno de ellos, Pallas, dió por mujer al emperador á Agripina, hija también de Germánico. Esta mujer corrompida, mas de superior inteligencia y viril carácter, obligó á Claudio á designar como sucesor á Nerón, hijo de Agripina, privando de este honor á su propio hijo Británico. Cuando hubo hecho esto, Claudio para nada servía ya y Agripina lo hizo envenenar. Según Séneca fué convertido en calabaza [Apokolokintosis]. El año de 54 subió al trono Nerón, adolescente de diez y siete años, que por herencia era perverso y por educación declamador y falseador de todo sentimiento y de toda verdad; era discípulo de Séneca, notable moralista, pero retórico hasta el fondo del alma. Hijo de Domicio Ahenobarbo, vástago de una prosapia de patricios rapaces y crueles, y de Agripina, descendiente por su madre del padre de Tiberio, Claudio Nerón, del padre de J. César y de Marco Antonio, su sangre reunía todas las perversidades y su sistema nervioso todas las tendencias al delirio que durante siglos se habían almacenado en muchas generaciones de epilépticos, de hombres de genio, de soldados implacables y de apasionados gigantescos. Nerón fué un malvado, que cubría con frases retóricas sus crímenes, y sus desórdenes inexpresables con sus triunfos como cantante; era un realista por la insaciable avidez de sensaciones nuevas que nunca llegaban en él á la emoción, como no fuera al oír los aplausos que los griegos le tributaban en los teatros y los circos; pero un malvado que, transportado por la fortuna al trono del mundo, fué *el malvado*, el tipo del mal absoluto, á quien ni el espíritu de burla faltó quizás.—Una de las frases que ha impuesto á la posteridad fué la del *quinquenio feliz*, cinco años de bondad que son mentira; durante ese quinquenio, instigado por sus preceptores Séneca y Burrus, quiso emanciparse de la tutela de Agripina que era en realidad el emperador; la madre furiosa lo amenazó con hacer reconocer á Británico por el Senado y Nerón hizo envenenar al hijo de Claudio y Mesalina y luego persiguió á su madre hasta hacerla asesinar, gozándose en contemplar el cadáver des-

nudo de la que lo había hecho emperador. Luego, mientras sus generales ganaban en Oriente triunfos sobre triunfos y Corbulón sometía la Armenia y daba la ley á los Parthos y las provincias vivían felices y contentas y libres las ciudades, Nerón espantaba á Roma con sus crímenes y hacía oír al pueblo *su voz divina*. El año de 64 un terrible incendio devoró á Roma; el pueblo hambriento y desesperado culpó injustamente á Nerón; el emperador, quizás instigado por los judíos (verdaderos autores de las dos primeras persecuciones) que tenían en el séquito de Poppea, la mujer entonces de Nerón, gran valimiento, incriminó á unos disidentes ó herejes del judaismo que desde los tiempos de Claudio pululaban en los barrios populosos de Roma, haciendo prosélitos entre los esclavos y los miserables, y que manifestaban odio á los dioses profetizando la conflagración inminente de Roma y el mundo; del nombre griego de su maestro, crucificado en Jerusalem, se llamaban *cristianos*. Eran inocentes, los grandes escritores contemporáneos lo han reconocido, pero merecían un castigo, agregaban despiadados, porque odiaban al género humano! [Tácito.] Nerón los hizo matar por centenares, hombres y mujeres, ancianos y niños, haciéndolos representar abominables farsas en el Circo que se desenlazaban con la muerte ó untándolos de azufre y quemándolos como antorchas, á cuya luz siniestra se destacaba entre un grupo espléndido de cortesanos y sacerdotes y vestales, aquel artista grueso, de pelo rojo, que se servía de una lente tallada en una esmeralda para apurar todos los detalles de la agonía de las pobres víctimas desnudas y estáticas. La sociedad cristiana guardó en la memoria aquella visión espantosa y Nerón fué el gran enviado de Satanás sobre la tierra para luchar con el Cristo, fué el *anticristo*.—Ya era tiempo de que desapareciera; uno de los gobernadores de España, Galba, y otro de las Galias se sublevaron: Roma se conmovió también; Nerón huyó y creyéndose perdido se hizo matar por un esclavo: *¿Qué artista muere!* exclamó al espirar (68). Tenía treinta años. Muchos, y entre ellos los cristianos, no creyeron en su muerte; por largo tiempo afirmaron que iba á reaparecer en Oriente.

5. Galba, anciano patricio de ideas rectas, fué el nuevo emperador; sus conatos de disciplina y economía le atrajeron el odio de las cohortes pretorianas, en quienes ejercía decidido influjo un antiguo compañero de orgías de Nerón, Othón, el primer marido de Poppea. Los pretorianos mataron á Galba, proclamaron emperador á Othón y mar-

charron al N. de Italia al encuentro de las legiones del Rhín que habían proclamado emperador á Vitelio, legado imperial de la Galia inferior; Othón vencido se suicidó y Vitelio subió al trono. Era este un hombre apénas; era más bien una máquina de comer y vomitar; el imperio era para él un festín; ingurgitaba y degurgitaba ó dormía mientras el imperio se incendiaba. Los pretorianos habían enseñado á los soldados el secreto de hacer emperadores y cada grupo de legiones quiso tener el suyo. Las de Siria proclamaron á su jefe, Vespasiano, que se ocupaba en ahogar en sangre una insurrección política y religiosa que había estallado en Judea. Las legiones ilíricas secundan el movimiento, penetran en Roma sublevada, el populacho se defiende, se incendia el Capitolio en la lucha y Vitelio que se había fugado con su cocinero, es despedazado y arrojado por las cloacas al Tiber (69). En año y medio habían pasado tres emperadores por el trono.

6. Con T. Flavio Vespasiano, hijo de un campesino de la Sabina, cesa la espantosa mascarada que con Calígula había comenzado y que había tocado á su apogeo con Nerón, el olímpico, el istmico, el pithico cuya voz sagrada bendecían las multitudes en los circos de Grecia é Italia; Vespasiano procuró hacer estable la cosa pública y después hacer prosperar el imperio [Suetonio]. Sus obras de más trascendencia fueron, la renovación del Senado con los jefes de las familias más dignas de las provincias, de España, sobre todo, que recibió entera el *derecho latino*, y la fundación de numerosas colonias flavianas. Avaro como era, el emperador gastó, sin embargo, sumas fabulosas en la restauración del Capitolio y en la construcción del *Anfiteatro Flavio*, inmenso edificio que, por estar cerca de una estatua colosal que Nerón se había erigido, dió el pueblo en llamar *Colosseum* [hoy Coliseo]. Los germanos de Batavia y del Rhín se habían puesto en movimiento y animados por una profetisa, Véleda, habían obtenido algunos triunfos é intentaban fundar en las Galias un imperio germánico; exceptuando el jefe bátavo Civilis, los demás perecieron. Desde el golpe de muerte dado por Pompeyo al reino judío de los ashmoneos, los príncipes de esta dinastía se habían visto poco á poco suplantados por otra originaria de Idumea, la de los Herodes, bajo los auspicios de los Césares; Herodes el Grande, obtuvo de los dueños del mundo la diadema, reparó el Templo, restauró á Samaria bajo el nombre de Augusta y vivió en medio de los horrores y escándalos de una corte oriental; después de su muerte se abre un período de anarquía que obligó á los romanos á convertir

en provincia la Judea; pero hacía largo tiempo que una agitación moral y religiosa dominaba los ánimos; las ideas mesiánicas habían tomado proporciones extraordinarias; los profetas, los taumaturgos, los bautistas anunciaban *la proximidad de los tiempos*; la mala administración de los procuradores imperiales hizo al fin estallar la revuelta. Vespasiano dejó á su hijo Tito el cuidado de reprimirla, y éste ayudado de las incurables divisiones de los sectarios judíos que se batían entre sí al mismo tiempo que con los romanos, se apoderó de la ciudad y arrasó el Templo después de uno de los sitios más sangrientos de que hace mención la historia. Tito sucedió á su padre en 79 y se mostraba bondadoso, según parece, pero murió bien pronto (81) dejando el trono á su hermano Domiciano. Quince años duró el reinado del último de los Flavios, el perseguidor de los estoicos (desterró á Epicteto y Dion Crisóstomo, dos immaculados apóstoles) y de los cristianos que ya contaban prosélitos en la familia imperial; protector siniestro de la religión, hizo enterrar viva á una vestal culpable; inflado de vanidad, fué el amigo de un poeta finísimo, Marcial, y de otro que era el primero entre los de segundo orden que Roma ha producido, Estacio, ambos infames aduladores del que Juvenal llamó *el Nerón Calvo*. La delación era la gran profesión de aquel tiempo y eso se explica, porque en el emperador la crueldad estaba en relación con el miedo; una conspiración tramada en palacio mismo acabó con Domiciano el año de 96.

II

Los Antoninos.

1. Nerva y Trajano.—2. Hadriano, Antonino.—3. Marco-Aurelio y Commodo.
4. La sociedad pagana.—5. La iglesia cristiana.

1. El Senado, que desde que Tiberio suprimió los comicios había reasumido el supremo poder electoral, al saber que Domiciano había sido asesinado por un esclavo suyo, nombró á uno de sus miembros emperador. La elección no había sido prudente; por fortuna si recayó en un anciano, este anciano era Nerva, que no sólo hizo cesar el régimen de terror establecido por el último Flavio, sino que designó por su colega y sucesor á M. Ulpius Traianus, que era, sin duda el más conspicuo de los generales del imperio. En 98 murió Nerva y

Trajano fué á Roma, entró en el palacio imperial como un simple particular con su esposa Plotina é inauguró la éra de los Antoninos, la *edad de oro* de la historia de Roma. El nuevo César, primer provinciano que ocupaba el trono, había nacido en España, en esa Itálica que habla de cantar muchos siglos después en admirable silva Rodrigo de Caro y pertenecía á una de esas honradas y sanas familias de provincia aclimatadas en los honores más altos del imperio por Vespasiano. El Senado se sintió rodeado de respeto por el príncipe que veía en él encarnada la majestad de la historia; la sociedad se sintió rodeada de solicitud paternal é inteligente; nunca las funciones tutelares del Estado romano se ejercitaron por más benéfico modo. Trajano que había ordenado severamente la hacienda pública, encontró el dinero suficiente para prestar á cuantas personas honorables podían dar una propiedad en hipoteca, con la condición de pagar el pequeño interés que se les exigía al municipio en que estaban radicados, para sostener una institución de beneficencia pública destinada á dar alimentos á los niños pobres de nacimiento libre. Así lograba el emperador fomentar el crecimiento de la clase media y hacer una obra de caridad. Eso sí, para vigilar la administración de los tesoros municipales nombró ciertos magistrados, los *curatores reipublicae*, que marcaron el principio de la decadencia de la autonomía municipal. Fué gran constructor de magníficos monumentos en Roma, como la columna famosa que lleva su nombre y que en nuestro siglo hizo imitar Napoleón en París, la plaza pública rodeada de suntuosos edificios llamada *Forum Traiani* y puertos nuevos y puentes y caminos de asombrosa solidez, por donde quiera. Mas Trajano era un guerrero; quería conquistar más países que Alejandro, pero práctico como buen romano, el fin de estas conquistas era la consolidación definitiva de las fronteras; entre el Rhín y el Danubio, de Maguncia á Ratisbona, existía una línea enorme de fortificaciones y muros, á través de montes y valles, que defendía el vasto territorio colonizado que llevaba el nombre de "tierras que pagaban diezmo" [*campi decumates* el Wurtemberg y Baden actuales] y que era el mejor resguardo de aquella frontera; hacer lo mismo en el curso inferior del Danubio, camino natural de las invasiones, en la región comprendida entre el Theis, los Karpathos, el Pruth y el Danubio, habitada por un pueblo levantisco de origen tracio, que llevaba el nombre de Dacio, fué el objeto del emperador. En dos grandes campañas venció á los dacios y organizó la colonización de la comarca, tan rápi-

damente y con tal acierto, que á pesar del diluvio de invasiones germánicas, tártaras y eslavas que sobre ella han pasado, subsisten ahí el espíritu y la lengua latina y aún hoy lleva el nombre de Rumanía. Lo mismo quiso hacer en Oriente y pareció lograrlo; las legiones llegaron vencedoras hasta las playas del golfo Pérsico y tres grandes provincias surgieron á su paso: Armenia, Mesopotamia, Asiria..... pero la retirada fué desastrosa y el Oriente fué fatal al emperador que murió en la costa de Kilikia, designando como sucesor á su sobrino político Hadriano [117].

2. El Senado hacía votos en el advenimiento de cada emperador, por que éste fuese más feliz que Augusto y mejor que Trajano; algunos historiadores creen que Hadriano lo fué, y en cierto sentido tienen razón.—Era un griego por sus ideas, su temperamento, sus hábitos y quizás por sus vicios; fué el primer hombre de estado y el primer curioso de su tiempo. Empezó por abandonar buena parte de las conquistas asiáticas de Trajano y fortificó las fronteras así reducidas, con una minuciosidad y una inteligencia admirable del arte de la defensa, como lo demuestran los restos de las murallas que aún se conservan en Escocia: así á pesar de la paz mantenía al soldado en constante actividad, de la que él mismo daba ejemplo. Pero no sólo visitaba las fronteras, sino las provincias y en ellas todo lo que había que ver; durante catorce años que sus viajes duraron, Hadriano seguido de una legión de constructores y cayendo sobre las provincias cual una lluvia de oro, como decía el hierofante de Eleusis, reconstruyó ciudades, levantó templos y realizó tantas obras de utilidad ó decorativas que el mundo entero, pero sobre todo Grecia y Oriente, aún guardan en innumerables ruinas huellas de su paso; el emperador, que aceptaba los títulos de las altas funciones de las ciudades importantes como Atenas, en donde fué Arkonte, se identificaba así con el imperio. Reformó y dió una organización definitiva y un carácter oficial á la administración, reemplazando en los puestos administrativos á los libertos con individuos del orden ecuestre; ya no fué, pues, la administración una domesticidad imperial, sino una oficina pública. Procuró codificar la legislación dando al edicto constantemente reproducido por los jefes de la justicia romana (los pretores) fuerza legal en todo el imperio. Dicen que al fin persiguió á los cristianos; esto es dudoso en un hombre tan delicadamente escéptico y tolerante. Seis años antes de su muerte hizo reprimir de un modo espantoso la última de las rebelio-

nes judías; cerca de 200,000 hebreos fueron muertos y casi todos los otros obligados á dispersarse por el mundo. En su *villa* rodeado de monumentos de arte murió Hadriano en 138. Su mausoleo, convertido en fortaleza, se llama hoy *castillo de Santangelo*. Hadriano á quien se ha reprochado cierta falsedad de carácter y movilidad de espíritu, consumó la obra de unificación del mundo antiguo bajo los auspicios de Roma y con el espíritu de Grecia.—Su sucesor Antonino, que ha dado su nombre á la serie de emperadores del 2º Siglo, era un hombre excelente é inactivo (nunca salió de Roma) que dió un carácter de felicidad íntima á la paz del mundo; endulzó y humanizó cuanto pudo la legislación respecto de los esclavos, obra iniciada por los libertos imperiales, protegió á los niños y quiso resucitar la pérdida fe del pueblo en sus dioses; de antemano estaban designados por Hadriano para suceder á Antonino, Lucio Vero y Marco-Aurelio que subieron al trono cuando murió en 161 el emperador que ha merecido de su tiempo el sobrenombre de Pío.

3. Antonino había protegido á los filósofos, que no como simples pensadores, sino como directores de conciencias hacían en esa época un importantísimo papel; Marco-Aurelio fué uno de ellos. Asociado á su hermano adoptivo L. Verus que murió pocos años después y que hizo siempre un papel secundario, desde el primer momento de su gobierno se mostró tan deferente con el Senado, tan respetuoso de la tradición y la ley que nunca fué más cierta que en él la realización del ideal de los grandes repúblicos del imperio, *unir el principado y la libertad*; M. Aurelio predicaba la igualdad fundamental de todos los hombres. La filosofía estoica, cuyo credo confesaba el emperador, se había humanizado profundamente al pasar por las almas de Dión y Epicteto; siguiendo sus máximas, M. Aurelio, no sólo rodeó al esclavo de toda especie de protección, sino que favoreció de mil modos las emancipaciones. Lo mismo hizo con los niños pobres, con los huérfanos, consolidando y aumentando las instituciones de beneficencia pública de sus antecesores. ¡Dejó, sin embargo, perseguir á los cristianos! Fué el mismo error espantoso de la Iglesia predicando cruzadas de exterminio y presidiendo los autos de fe, contra infieles y hereges! Por una especie de ironía de la suerte, aquel hombre pacífico y manso tuvo que pasarse la vida á caballo en las fronteras, en donde, al mismo tiempo que las guarniciones habían decaído en espíritu militar, en la paz y la prosperidad, nuevas hordas germánicas, los markomans y los kuads,

rompían los diques del imperio y de un empuje llegaban á los límites de Italia; M. Aurelio empleó largos años en contenerlos. En medio de la vida agitada del campamento redactaba esa especie de examen de conciencia, conocido vulgarmente con el nombre de *Pensamientos* y que es, como se ha dicho, el Evangelio del paganismo; el año de 180 murió en Viena, designando por sucesor á su hijo Commodo Antonino que se apresuró á hacer una paz cualquiera con los germanos y corrió á Roma á disfrutar del imperio. Durante el primer siglo la sucesión había sido por designación del emperador que recayó en sus descendientes varias veces; los Antoninos, como no tuvieron hijos, habían usado de la simple designación. Marco-Aurelio volvió al imperio hereditario y el heredero fué un insensato más cruel que Domiciano y más impuro que Nerón, según el veredicto del Senado. Se hacía adorar como un Hércules, pasaba la vida luciendo sus aptitudes físicas en el circo y, dejando el gobierno á sus favoritos, sólo se ocupaba en matar fieras y en ordenar ejecuciones. Su manceba Marcia, cristiana según algunos, lo hizo matar en un baño de gladiadores (192).

4. La sociedad pagana fué feliz relativamente bajo los Antoninos; el mundo, organizado y disciplinado admirablemente, se movía como un mecanismo admirable, cuyo regulador supremo fuese el emperador; hasta hubo cierta libertad, la que permitía la voluntad del soberano que por la utilidad común había cargado sólo con el cuidado de todos (Plinio II). En cuanto á la verdadera libertad que es la vida, ni el emperador era capaz de otorgarla, ni el imperio capaz de practicarla; murió por eso. Dirijamos una rápida ojeada á la organización política: en el fondo era la realizada por Augusto; más lenidad en los príncipes, más importancia del Senado formado por los próceres de las provincias, poco apegados á la tradición republicana, y convertido en alto cuerpo consultivo y á veces en supremo tribunal de justicia; aumento creciente de la corte [*cohorte*] imperial en diversas clases distribuida; el orden ecuestre encargado de todos los empleos administrativos, y la plebe, mejor alimentada y divertida que nunca, haciendo el papel de comparsa en el drama; tal es en resúmen la situación política de la capital. En las provincias aumenta la prosperidad, gracias á la paz, que fomenta el comercio y crea la industria. En cada municipio se retrata la capital con su senado (los decuriones) formado de propietarios, sus *dunviro*s ó cónsules y sus aspiraciones perpetuas á gozar de la plenitud del derecho romano, que muchos obtuvieron bajo los Antoninos. Las fortunas privadas crecían en relación con la fortuna pública, pero los emperadores daban ejemplo de economía y sencillez; y aunque es un tópico en la historia clásica hablar de la espantosa corrupción del mundo romano, esto no es cierto sino de las grandes ciudades como Roma, Alejandría y Antioquía; pero en el resto de la población del imperio, las virtudes sociales eran

practicadas y ensalzadas; precisamente á esto se debió que los emperadores que salían de estas sanas familias provinciales aclimatadas en Roma, fuesen tan buenos, fuesen los Antoninos; naturalmente aquella máquina social cuyo combustible era el trabajo del esclavo y del colono, que era casi un siervo, aplastaba en su camino muchas almas y muchas conciencias; así fué entonces, así es hoy.—Pero ya lo dijimos, faltaba para hacer del imperio un organismo moral, la libertad, es decir, la responsabilidad y, á falta de ella, se notaba una especie de penumbra que iba velando al espíritu humano; á eso se debe la decadencia de las letras, p. e. Después del siglo de Augusto, ya en el mismo siglo primero, esa decadencia se marca; la falta de sinceridad y la sobra de retórica, de declamación, es una enfermedad que desde los emperadores hasta los escolares se extiende como una mancha de aceite. Cierta, entre los poetas hay algunos distinguidos como Lucano, en cuyo poema *la Farsalia* campea un estilo ampuloso sembrado de bellísimos versos; *Persio* obscuro y elocuente poeta estoico; *Marcial* elegantísimo y obsceno y servil creador del epigrama latino; *Petronio*, refinado epicúreo, árbitro del buen gusto en la corte de Nerón, que escribió en admirable estilo un poema: el *Satyricón*, cuadro pornográfico y sarcástico de las costumbres de su tiempo (aunque es controvertible la época en que este poema se publicó), y por último, Juvenal, retórico y soldado, que en sus *satyras* nos ha dejado un retrato apasionado y exagerado, pero elocuentísimo y de un espantoso realismo á veces, de los vicios de los romanos. Entre los prosistas descuellan: Tácito, el gran acusador de los tiranos del primer siglo, á quien se reprocha el estilo retórico, pero que supo poner su pasión por el pasado republicano al servicio de la verdad y que en un tono amargo y triste y con expresiones llenas de color y de vida, ha llevado á la historia la pintura de los caracteres y el análisis psicológico de los sentimientos con incomparable talento; Suetonio, que más que historiador, es un compilador inteligente de anécdotas sobre los doce primeros Césares, menos auténticas quizás que intsesantes; Quintiliano, correctísimo profesor de retórica; los dos Plinios, el primero compilador notable de datos sobre la historia natural, la geografía, la medicina y la historia del arte; el segundo, rendido cortesano, pero simpático por los sentimientos, que demuestran sus cartas á Trajano. (El primer Plinio murió asfixiado observando el año de 79 la gran erupción de ceniza y lava del Vesubio, que cubrió con lo primero, es decir, ahogó literalmente á la risueña y activa población de Pompeya, que en nuestro tiempo ha mostrado á la luz su curiosísimo esqueleto, y llenó de lava á Herculánium, haciendo mucho más difícil su resurrección.) Al fin del segundo siglo la literatura latina iba á su ocaso, aunque en él brilla Apuleio, el autor del cuento *el asno de oro*, filósofo africano tachado de mal gusto y de excesivo amor por lo fantástico, pero á veces encantador, como en la fábula del Amor y Psiquis, y siempre original y fácil. En tanto las letras griegas renacían con Plutarco, Casio Dion y el espiritual Luciano, y las ciencias, que casi nada debieron á los romanos, contaban con astrónomos como Tolomeo y

médicos como Galieno. La *filosofía*, llevada por los romanos al terreno práctico de la dirección de la vida, lo impregna todo de pensamiento é ideal, en el primer siglo del imperio, y triunfa y reina en el segundo. Los pedagogos, los retóricos griegos, tan aborrecidos de Juvenal, acaban la transformación del alma romana, haciéndola apta para las más altas lucubraciones, aunque siempre orientadas hacia lo útil y lo real. No había diferencias de escuelas; de todos los sistemas se había formado un sistema ecléctico, pero como de todos se infería una moral y como la moral estoica era la más severa, ésta fué, ó admirada ó profesada, y con ella el ascetismo, el exámen de conciencia, la abstinencia, el amor de la pobreza. Séneca fué el apóstol de esta manifestación romana de la filosofía estoica, que bajo su pluma se vuelve tan humana y tan pura; de él son estas admirables sentencias: el infortunio es sagrado; el hombre debe ser sagrado para el hombre, y esto lo decía condenando las sangrientas diversiones del circo en que los gladiadores morían saludando al César ó al pueblo (ave, César, morituri te salutant). Los estoicos lucharon con los tiranos, fueron el alma de la oposición y sellaron su odio santo con el martirio frecuentemente. En tiempo de los Antoninos la paz entre la filosofía y el imperio se celebró; los filósofos, como los monjes habían de hacer en la Edad-Media, llevaban por los pueblos su misión de concordia y de paz; unos daban conferencias, otros predicaban, confesaban otros; todos los hombres de valer tenían su director de conciencia que los reconciliaba con la muerte. Epicteto, el santo esclavo pagano, había predicado la fe inquebrantable en Dios y la doctrina del desprendimiento absoluto. Con Marco-Aurelio los filósofos gobernaron; á su llamamiento acudieron de todas partes y, como los monjes, se mostraron sucios, groseros, ávidos muchas veces; el filósofo imperial les distribuyó el gobierno del mundo y recogió la rebelión de Avidio Cassio, que era una protesta romana contra el pensamiento sustituido á la voluntad en la dirección del imperio. Marco-Aurelio, que había vestido desde niño el manto del filósofo, era, sin embargo, un hombre demasiado práctico para no aconsejar siempre á sus agentes la modestia, limitando su vano empeño de corregir con discursos á los hombres. La grande obra de la filosofía pagana fué, durante el siglo de los Antoninos, una predicación constante, paralela á la del cristianismo, que disolvió el dogma politeísta encaminando á todos los cultos hacia un ideal único y realizando en la legislación su programa moral y humano, endulzando la suerte del esclavo, la mujer y el niño.

5. Señal de la intranquilidad mental de aquel tiempo era el incremento y el séquito que alcanzaban los sensuales y misteriosos cultos orientales en todo el imperio y sobre todo en Roma; lo más fantástico, lo más simbólico, lo más lúgubre atraía y embriagaba más; aquella sociedad que esperaba una curación milagrosa de una recóndita enfermedad, que no podía analizar, pero que sentía á modo de vago y perenne dolor, parecía atacada de neurosis. Entre todos los cultos orientales, el culto simbólico del sol, importado de Persia con el nombre de religión de Mithra, era el más popular por sus ritos extraños como el